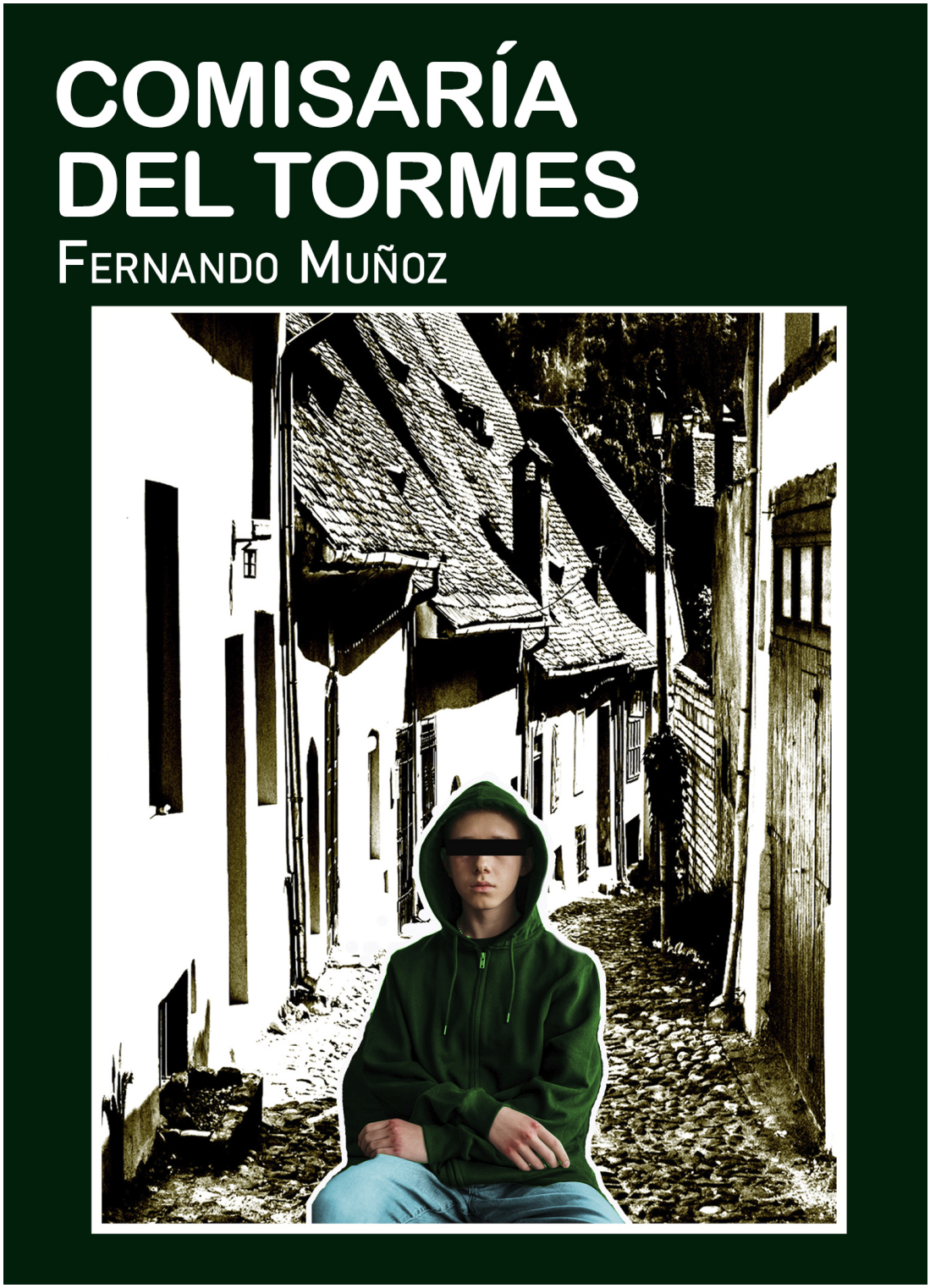
Comisaría del Tormes

Fernando Muñoz



Capítulo 1

Me llamo Lázaro Mompeán Valverde. Vivo en Tejares, Salamanca. Dice mi abogado que, si escribo esto, a lo mejor me rebajan la condena que fijo me va a caer.

Resulta que Jonathan, Rubén, el Xules y yo nos juntamos por las tardes para fumarnos unos charmanders de guays en un descampado que hay detrás de nuestro bloque. Le compramos el polen al primo del Xules, que también se pasa de vez en cuando. El problema es que nuestros padres pasan ya de darnos guita porque se huelen en qué la gastamos, así que a Rubén se le ocurrió la idea de colarnos en una iglesia después de misa y arramblar unos cuantos cacharros de esos dorados que tienen a puñados para venderlos y así tener pasta con la que pillar.

Como iba a ser muy cantoso que entráramos los cuatro, decidimos que solo se pringaría uno, pero que luego ese uno tendría derecho a más tiempo con el Bob Marley, o a parte de los billetes que consiguiéramos por el botín.

Bueno, pues lo echamos a suertes y me toca a mí. Parece fácil, ¿no? Pues no acaba de entrar el cura en la sacristía cuando voy a por el candelabro más cercano y vaya por Dios que hay una monja justo al lado pispándose de todo. Empieza a gritar llamando al cura, pero son unos vecinos que no se habían alejado demasiado los que vuelven a entrar. No me libra ni Cristo.

Todo esto para explicar por qué estoy aquí hoy. En fin… El juez me condenó a trabajos comunitarios. Debía servir a un ciego. O, mejor dicho, ser su saco de boxeo, visto lo visto.

Bueno, pues nos presentaron la semana pasada, el lunes. Un poli me lleva hasta la casa. El tío podría ser mi abuelo. Va con ropa que parece un perroflauta de esos y unas gafas negras y redondas. Empieza a toquetearme con el bastón ese que tienen los ciegos, pasándomelo por todo el cuerpo. Me da la mano y luego me toca la cara. Dice que para conocerme mejor o yo que sé.

Total, que se va el madero y el ciego me dice que me ponga a limpiar la casa. Yo me pregunto que para qué, si él no va a ver la roña. Pero no digo nada porque no quiero empezar ya de malas. Él se pone a escuchar música vieja mientras tanto.

Al rato le digo que he terminado, aunque es mentira, y que si me

puedo ir ya.

–Si es cierto que has terminado –me dice–, eres el limpiador más rápido del mundo, así que te voy a dar otra tarea. Si me estás mintiendo, más te vale que termines de verdad o le digo a la poli que no estás cumpliendo con tus tareas.

Me callo y sigo barriendo.

–¡Lázaro! –me llama una hora después–. Ven aquí.

Dejo la fregona y voy al comedor. El viejo me hace señas para que me siente a su lado en el sofá. Me siento, pero no a su lado.

–¿Qué hiciste, Lázaro?

–He barrido y ahora estaba fregando.

–¡No, idiota! Digo que qué hiciste para que te condenaran.

–¿Es que no se lo han dicho?

–Quiero que me lo digas tú.

Me pregunto a qué viene esto, pero obedezco.

–Nos pillaron robando –incluyo a los otros para no ser el único malo de la película.

–¿Por qué?

–Pues porque nos vieron coger una cosa.

–Mira que eres tarugo… ¡Digo que por qué robasteis!

No me hace gracia el tono del viejo vacilón, ni que se prepare para darme lecciones.

–Pues porque la vida está muy mal. Y tenemos que sacar cuartos de donde podamos.

–Qué desgraciado que eres. ¿Y no se os ocurre otra cosa que robar?

–¡Oiga, para usted es fácil, que seguro que tiene una pensión o algo así!

–¿Estás diciendo que mi vida es fácil porque me den una pensión por ser ciego, pedazo de imbécil?

–¡Váyase a la mierda, viejo!

Y me largo.

A la mañana siguiente viene un coche patrulla a recogerme para llevarme otra vez con el ciego.

–No tienes más remedio, muchacho –me sermonea el poli–. O agachas la cabeza y haces lo que te mandan, o te puede caer un paquete bien gordo. Aprovecha y no la cagues.

Me sigue hasta la puerta de la casa. El viejo está con una sonrisa de oreja a oreja.

–Gracias, agente. Verá como enseguida empezamos a llevarnos bien, ¿eh, Lázaro? –dice dándome dos guantazos que parecen de coña pero hacen daño.

Se despide del poli, cierra la puerta y me pide que lo acompañe hasta el salón.

–¿Sabes lo que vamos a hacer hoy, Lázaro?

No respondo.

–Mira –y me señala la mesilla delante del sofá. Hay un juego de la oca y un cuenco con uvas.

–¿Ves eso? Vamos a echar una partida. Y quien gane, se comerá las uvas. ¿Qué te parece?

Me encojo de hombros. Es mejor que ponerme a barrer, eso está claro; pero no quiero hacerme el simpático como él.

Me sienta a su lado y me pide que coloque las fichas en la casilla de salida.

–Toma –me da el dado–. Vamos a ver quién sale primero.

Tiro el dado. He sacado un cinco.

–Un seis –le digo.

–Vaya, eso va a ser difícil de superar. Permíteme –y extiende la mano para que le ponga el dado encima.

Saca un seis.

–¿Qué número ha salido?

–Un tres.

–En ese caso, empiezas tú. Tira de nuevo.

Saco un uno.

–Un seis.

–¡Ah, suertudo! De puente a puente y tiras porque te lleva la corriente. Muy bien. Mueve tu ficha.

La llevo hasta el segundo puente y vuelvo a tirar. Saco un tres. Esta vez no finjo.

–Un tres.

–Estupendo. Pásame el dado cuando termines.

El viejo tira y saca un cinco.

–Un cuatro.

–Mueve mi ficha por mí, anda.

Lo hago y tiro de nuevo. Saco un dos. Si hubiera sacado otro tres, habría caído en una oca. Pero el viejo no puede ver el tablero como no puede ver el dado.

–Un dos.

–Adelante.

–Es una oca. De oca a oca y tiro porque me toca.

–¡Menuda potra tienes, muchacho!

Seguimos así un rato hasta que me quedo a seis casillas del final. Me toca tirar. Si saco un uno caigo en la calavera esa y vuelvo a empezar.

Tiro.

Saco un uno.

–Un seis. A ver –doy pasos con la ficha sobre el tablero–. ¡Anda! ¡He ganado!

–¡Enhorabuena, Lázaro! –me felicita el viejo–. Para ti las uvas.

Y no sé cómo lo hace, pero al ir a coger el cuenco con las uvas, termina dándole un manotazo y tirándolo al suelo. Los trozos de cerámica y las uvas se esparcen por el salón.

–¡Vaya, cuánto lo siento! –dice–. ¡Ni que estuviera yo ciego! Recógelo, anda, no vayamos a cortarnos.

Se levanta y marcha a la cocina para dejarme hacer. Cojo la escoba y el recogedor y me pongo a limpiar el estropicio. Las uvas tienen una pinta estupenda y me comería una, pero igual tienen astillas clavadas y paso de hacerme una carnicería en la boca.

–Lázaro, muchacho –me dice el viejo desde la puerta de la cocina. De verdad parece que me estuviera mirando–, la próxima vez que hagas trampas en un juego, hazlas bien. Si vas a engañarme usando como estrategia el dado mágico que saca justo lo que necesitas, actúa en consecuencia al menos, que el tablero está numerado y sé cuándo realmente estás poniendo tu ficha donde a ti te sale de las narices.

No vuelvo a abrir la boca en lo que queda de jornada. Paso de decir cualquier cosa a la que este cabrón pueda dar la vuelta para humillarme.

El miércoles no tiene que recogerme ningún mono. Llego por mi propio pie. Toca lavar el váter del viejo. Cuando termino, noto que viene desde el salón un olor familiar. Es hierba y de la buena, no el polen de mierda que nos vende el primo del Xules.

–¿Cómo vas, Lazarillo? –pregunta echando el humo hacia mí.

–Ya he terminado en el cuarto de baño.

–Muy bien. Sigue con la cocina.

–Me preguntaba –le tanteo– si no podría tomarme un descanso

con usted y rularnos ese may.

–¿Esto? –me lo enseña–. Tú flipas.

–Va, enróllese.

–Estás haciendo servicios comunitarios, no vagueando con tus colegas reshulones. Además, eres menor de edad. Ni aunque fuera un cigarro normal.

Hago como que me la suda y voy a la cocina. Se supone que limpio, pero en realidad me pongo a buscar las reservas de hierba del viejo. No están ahí. Aprovecho cuando se levanta para ir a mear y busco en el mueble del comedor.

Acierto. Hay un plástico con varios cogollos. Me lo echo al bolsillo justo antes de que el viejo salga del váter. Vuelvo a la cocina, pero el cabrón del viejo va directo al mueble para registrarlo. Me ha pillado.

–Lázaro, ven aquí, ¿quieres?

Me acerco haciéndome el disimulado.

–¿Has abierto este cajón?

–¿Yo? ¡Qué va!

Pues va el desgracio y levanta el bastón, directo a atizarme. Yo soy más rápido y agacho la cabeza, pero le pongo tanto empeño a esquivar el golpe que me dejo los dientes en el mueble.

–¡Ay! ¡Ay! –grito con las manos en la boca mientras ese carcamal aprovecha para meterme unos buenos viajes.

–¡Devuélveme eso, ladrón! ¡O te juro que aviso ahora mismo a la poli!

–¡Es usted idiota! ¡También lo joderán si se enteran de que tiene maría!

–Una cosa es tenerla y otra robarla, cretino. Pero venga, ¿quieres que digamos que no la has robado? ¿Que la has traído tú? Al juez le va a hacer la hostia de gracia.

Saboreo derrotado mi sangre, palpando con la lengua la mella que tengo donde un minuto antes había dos paletas bien afiladas.

La semana sigue y el viejo no deja de putearme. El sábado y el domingo descanso de él. Pero hoy ha vuelto a la carga como un campeón. Hasta que se me han terminado de hinchar las pelotas.

Tenía que acompañarlo a una de esas oficinas de Sanidad. Toda la mañana sermoneándome y hasta metiéndome collejas de vez en cuando. Pues cuando ya estaba hasta arriba, se me ha ocurrido una idea.

Habiendo acabado lo de Sanidad y volviendo ya a casa, a un par de calles nos tocaba cruzar un paso de cebra. Lo que he hecho ha sido seguir un poco más.

–Oye, Lázaro, ¿el paso de peatones no es por aquí?

–No, señor. Está ahí delante.

–Qué poco me fío de ti, desgraciado. Más te vale no engañarme.

Y seguimos andando hasta que veo un coche acercarse.

–Aquí es. Vamos.

El viejo idiota cruza y el coche pega un frenazo, pero no consigue evitar el golpe.

–¡Ahí te quedas, viejo! –grito antes de salir corriendo.

Bueno, pues el resto está claro. Al poco de llegar yo a casa vienen dos maderos para traerme a comisaría. Mi madre me cruje a capones cuando se entera del porqué. Y me traen aquí, donde ha aparecido el típico abogado de éstos de oficio y me ha dicho que el ciego está vivo, pero que el viaje que se ha llevado tampoco es ninguna tontería. Y me ha dicho que escriba esta confesión para que lo aclare todo. Así que, si está usted leyendo esto será porque le toca juzgarme. Yo no entiendo de atenuantes, agravantes, o lo que sea que ha dicho el abogado, pero sí sé que a lo mejor me he pasado con el viejo. Lo reconozco. Como espero que usted reconozca hasta qué punto el cabrón me ha puesto a prueba.

Pues nada, eso. Se acabó. Fin